

Universidad Nacional Experimental de los Llanos Occidentales Ezequiel Zamora

VPDS- UNELLEZ.

Grupo de Investigación de Etnología, Ethnohistoria y Arqueología (GRIET)

EL LLANO Y LO LLANERO EN VARIOS TEXTOS

Yarisma Unda.

Barinas-Venezuela.2015

INDICE

Introducción

Los llanos como región natural	5
Los llanos como espacio de poder y de refugio.....	8
Conformación del espacio de poder colonial y neocolonial en los llanos.....	8
Los llanos como espacio de refugio en los tiempos colonial y neocolonial.....	16
Las sociedades llaneras	25
Implantación de la sociedad excedentaria y extensiva en los llanos	25
Configuración de la sociedad autosuficiente, de convivencia e intensiva en los llanos.....	32
El discurso de la llaneridad o la construcción de una concepción clasista de lo llanero	35
Apuntes sobre la Etnicidad llanera.....	37
Las mujeres llaneras, textos a varias manos.....	38
Presencia y lugar de <i>lo llanero</i> en la Venezuela del siglo XXI.....	41
El llano en el pensamiento de Humberto Febres Rodríguez	43
Fuentes	46

Introducción

Dentro de la literatura socio histórica venezolana los estudios de llano, los llaneros y las llaneras han tenido un lugar privilegiado, sobre todo los dos primeros, en el sentido de ser un escenario directamente vinculado a la dinámica política de los pueblos venezolano y colombiano. La mayor parte de los acercamientos a este contexto han sido por la vía de la exaltación de esta región natural en la gesta independentista o en la llamada guerra civil del siglo XIX, contiendas que dieron paso a la estructuración institucional republicana hasta el presente. Otra vía transitada por los estudios realizados sobre los llanos, ha sido la de los estudios sociológicos sobre los hombres y mujeres del llano por aquello de su aporte a los procesos de “identidad” en Venezuela.

Los abordajes anteriores parten de la comprensión del ámbito llanero como una unidad homogénea de hombres, mujeres, intereses, valoraciones, ideales, expectativas y toda la gama de coincidencias que cohesiona a los grupos sociales y hacen emerger perfiles culturales bien definidos. Se entiende desde esta mirada que el llano, sus hombres y sus mujeres son cualquier jinete en el horizonte, cualquier río cruzado a nado, cualquier hatillo de nueva o vieja fama, cualquier copla respaldada por un arpa; dicho de otra manera, el llano y “el llanero” serían uno solo, convirtiéndose esta expresión en el punto de coincidencia de planteamientos académico y científicos así como de creaciones poético musicales. Frente a esta especie de consenso, en las más recientes décadas se ha producido un viraje del enfoque homogeneizante de los llanos, los llaneros y las llaneras.

Los llanos como región natural del occidente venezolano y el oriente colombiano han sido mostrados por las historias escritas en los tiempos coloniales y neo coloniales como una región ganadera, su epicentro sería el hatillo, y en esos escenarios, “el esfuerzo y la pasión de hombres” lo habrían colocado como el bastión más importante de las luchas independentistas, como “la cuna de la identidad”, en fin, como un aliado determinante en la construcción del rumbo republicano de estas naciones.

La significación de los llanos en las luchas por la emancipación venezolana, colombiana y americana no es discutible. Lo que si ponemos en discusión es que se aborde el lugar de los llanos y la cultura llanera, desde la perspectiva de un espacio de poder asociado solo a los personajes que se apropiaron de las fuentes de vida y riqueza a través del artificio de la propiedad, de lo que ha resultado la historia solo de una parte

de los actores que lograron controlar el poder político en distintos momentos de la historia para configurar la historia del proceso privatizante de los espacios llaneros.

La otra historia es la silenciada porque al ámbito de poder de los propietarios y propietarias se ha opuesto un espacio de refugio al ser zona de repliegue, escenario de sobrevivencia, recinto para la resistencia cultural de hombres y mujeres.

Los espacios de poder y de refugio han requerido y se han fortalecido a través de distintas formas de organización social que atienden a los intereses de sus miembros. El espacio de poder en los llanos está asociado a la implantación de una sociedad excedentaria orientada por la producción capitalista y en consecuencia al aprovechamiento desigual de los bienes generados, favoreciendo minorías que en todo los tiempos han requerido expandir sus ámbitos de dominio.

Los espacios de refugio están asociados al surgimiento de una sociedad con rasgos autosuficientes, orientada a albergar acciones de resistencia a los distintos modelos coloniales, asimilando prácticas, estableciendo alianzas tácticas y estratégicas en los distintos escenarios de la historia vivida. De este proceso han surgido sentidos de pertenencia, identidades de clase, racionalidades, cosmovisiones, que distinguen y contraponen a todos y todas quienes hacemos vida en los espacios llaneros.

Esto no es otra cosa que los procesos de contradicciones dinamizadores de la historia, desde los procesos de aniquilamiento físico y desdibujamiento cultural de los pueblos originarios de los llanos, hasta procesos de empoderamiento en el reciente siglo XXI de los hombres y mujeres llaneros y llaneras. De esta manera, es necesario distinguir socio históricamente el escenario diverso que configura lo llanero, para no invalidar las luchas históricas que han dado paso a la realidad socio política que hoy día construimos en Venezuela, intentando romper con los preceptos coloniales y neo coloniales para acercarnos a una opción que hemos llamado socialista bolivariana.

LOS LLANOS COMO REGIÓN NATURAL.

Los llanos como región natural constituyen una extensa porción geofísica de cerca de 550 mil kilómetros cuadrados, de los cuales 300 mil corresponden a los estados orientales venezolanos de Anzoátegui y Monagas y a los estados occidentales de Guárico, Cojedes, Portuguesa, Barinas y Apure; a Colombia corresponden cerca 250 mil kilómetros cuadrados donde se localizan los departamentos orientales de Arauca, Casanare, Meta y Vichada. Los llanos del Orinoco, los llanos de la Orinoquia, así se les conoce en las distintas literaturas colombianas y venezolanas.

En los llanos el invierno y el verano marca todo. Nada escapa a esta dinámica ecológica. El suelo, el clima, la flora, la fauna, el hombre la mujer. Todo se hace entre el subir y el bajar de las aguas.

“... el suelo, con este juego de las aguas es de modo alterno, suelo emergente y suelo sumergido. El clima al comenzar las lluvias, es muy ardoroso, porque cesa la brisa del Este que en la estación seca atempera los rigores del calor habitual; si algún viento sopla en la estación lluviosa, es ‘el barinés’ que viene del Oeste con su secuela de seguras lluvias y bajas temperaturas ... todo esto acontece (aproximadamente) de mayo a octubre ... en cambio de noviembre a abril los alisios soplan refrescantes y el aire se hace ligero ... la flora y la fauna de la región son también bifásicas, acuáticas ... y terrestres. Las plantas leñosas permanecen sumergidas parcial y totalmente ... no acontece así con mucha de las hierbas, las cuales por lo general desaparecen ... pero sus propágulos quedan por ahí hasta que vienen a emerger las tierras...los animales terrestres huyen por lo general ante el avance del líquido, o bien, se ahogan o se refugian en los médanos... entonces se pueblan de animales más diversos ... entre los cuales se establece una lucha dramática por el espacio vital. En cambio la fauna acuática se expande ... pero al descender el aniego quedan muchos peces aislados Pues es el caso que muchas de las lagunas así formadas van reduciendo ... su volumen ... hasta secarse ... las aguas se recalientan... por lo que los peces se desesperan hasta morir ... (Tamayo 1987:p.16-17).

En los llanos de Venezuela se distinguen distintos pisos altitudinales a los que corresponden distintas características biofísicas. Los pisos de mesas y piedemontes presentan tierras de 200 metros y más de altitud sobre el nivel del mar. Abarca el Sur de

la Cordillera Andina y las mesas de Anzoátegui, Monagas y Guárico; el suelo es arenoso en las mesas y arcilloso en el piedemonte. El clima es cálido y ventoso. Es el tipo de sabanas más pobres de pastos duros.

“Estas sabanas son arboradas por lo general; sin embargo suelen haber grandes espacios inarborados. Los árboles que dan sombra a las duras pajas sabaneras se conocen ... como Chaparros, son de tamaño reducido ... de 3-5 metros ... la ‘palma llanera’, la ‘palma llanera’ o ‘palma cachorra’ es otro de los árboles típicos del llano...” (Tamayo 1987:p.150)

El piso de transición sobre el nivel del mar, su parte norte oeste es la continuación del piedemonte, hacia el Sur del Apure continua hacia lo que es el igual piso de los llanos araucanos y casanareños de Colombia y hacia el Este circunda la formación geológica de las mesas. El suelo presenta una clara variación en este piso de transición, pues lo que comprende a Barinas, Portuguesa y Cojedes y la parte occidental del estado Apure es de una excelente calidad para los pastizales y selvas de interés comercial (Ticoporo, Caparo, San Camilo) agricultura de conuco o excedentaria. Caso totalmente distinto para las porciones de Guárico, Anzoátegui, Monagas y Sur de Apure, donde el suelo es muy arenoso y de cantos rodados con sabanas de vegetación con fibrosas pasturas arboradas medianamente con Chaparros y palmas.

Las tierras con altitudes que van desde los 40 hasta los 80 metros sobre el nivel del mar, constituyen el tercer piso característico de los llanos; Francisco Tamayo las describe como sigue:

- a) el bolsón de Apure que por el Norte llega hasta el punto Libertad de Cojedes, por el Sur hasta el río Meta, por el Este hasta las inmediaciones de Calabozo y por el Oeste hasta Guanarito, El regalo, Puerto de Nutrias, Bruzual, Las Veras y Caño Riecito.
- b) El cuello del Embudo Orinocense que es una porción angosta, larga y extendida de este a Oeste, toca a los llanos de Monagas y el Bolsón de Apure, toca a las mesas de Guárico y Anzoátegui así como por el Sur el Orinoco Medio y bajo.
- c) Los llanos de Monagas que al Norte se extienden hacia cerca del pie meridional de la cordillera costanera oriental, por el Sur llegan al Orinoco,

por el Este costean al caño Mánamo, selvas del litoral atlántico, por el Oeste vecindades de las mesas anzoatiguenses. Tamayo (1987).

Los suelos de estas porciones difieren hacia el Norte del Bolsón de Apure es profundo y rico en su parte central y sur es arenoso, como lo es en el Cuello del Embudo Orinocense y en la región Sur de los Llanos monaguenses.

En los llanos es arenosos y de poca fertilidad, al Sur de Maturín es pesado y de mediana calidad en las sabanas y parques de caño Mánamo. La vegetación varía, por ejemplo la ubicada en la parte norte del Bolsón de Apure con porciones selváticas, con sabanas y matorrales, poseen buenas maderas y pastizales; la ubicada en la parte sur y central del mismo Bolsón, en el cuello orinocense de los llanos de Monagas poseen un vegetación característica, debido a las inundaciones, está más emparentada con la región anegadiza del Alto Orinoco.

Lo referido a la porción llanera colombiana Cobos (1966) dice que “los dilatados territorios de los llanos de la Orinoquia ... cubren la zona que se extiende entre la Cordillera Andina y el Orinoco ... los ríos y caños que la cruzan rebozan durante el invierno, inundando grandes porciones de terreno. Por el contrario, en el verano yacen exhaustos de caudal”.

En la Orinoquia colombiana se distinguen tres regiones. La zona de piedemonte, ubicada en las estribaciones de la Cordillera Oriental, de tierras con altitudes de 500 a 3.500 Metros sobre el nivel del mar. Se ubica en la parte más occidental de Arauca, Saravena, Tame, Arauquita, Casanare y Meta, localizándose aquí los suelos más fértiles.

La zona de la Altillanura se ubica en la transición entre el piedemonte y la Orinoquia Mal Drenada, con tierras de altitudes que van desde 100 hasta 500 metros sobre el nivel del mar. Amplias porciones de los departamentos de Arauca Casanare y Vichada se localizan aquí. Los suelos presentan limitaciones por lo inundable y por su calidad en general.

La Orinoquia Mal Drenada abarca lo que es el Departamento del Meta con suelos pobres, que en condiciones naturales solo permiten la actividad comercial y la ganadería extensiva.

LOS LLANOS COMO ESPACIO DE PODER Y DE REFUGIO.

CONFORMACIÓN DEL ESPACIO DE PODER COLONIAL Y NEOCOLONIAL EN LOS LLANOS.

Habiéndose ya difundido noticias sobre las riquezas en territorios identificados como indianos- a fines del siglo XV- el entusiasmo sevillano llegó al punto de financiar expediciones por estos grandes territorios. Alonso de Ojeda y otros tantos, llegaron a las costas del Golfo de Paria, Margarita, Cubagua y Cabo de la Vela. Desde allí los europeos se dedicaron a cazar población originaria para proveerse de mano de obra esclava que realizara la pesca de perlas y que sirviera como guía en la exploración de los territorios. A la vez, concentraron esfuerzos en buscar rutas marítimas que permitieran seguir navegando hacia el Oeste del mar que comenzaban a llamar Caribe, tras la búsqueda de recursos mineros comercializables.

Son muchas las referencias de reacción y resistencia aborígen con la que tuvieron que bregar exploradores y conquistadores; igualmente fueron incontables y casi que impensables las acciones tomadas para el sometimiento de lo que sería un largo historial de confrontación militar, religioso y cultural. La calificación de Caribe a la diversidad de etnias que integraban la sociedad originaria de este lado del planeta, justificó la violencia de los invasores occidentales europeos ante prácticas calificadas como antropofágicas, criminales, desviadas, desalmadas. En esta dinámica incipiente de dominación se movieron y organizaron estos hombres llegados a la actual América, quienes emprendieron los primeros intentos de organización de pueblos en las costas de la Nueva Córdova en 1523 y en 1524 en Santa Marta.

Cuando se hizo evidente la inexistencia y en otros casos las limitaciones de los yacimientos mineros y perlíferos en las costas invadidas, aunado al agobio sentido por los europeos ante la violencia generada por su presencia, se replanteó el proyecto mercantil inicial para comenzar a perfilarse un proyecto colonizador más ambicioso y complejo. Se volvió la mirada y el interés hacia la explotación de las potencialidades agrícolas y pecuarias del territorio, surgiendo de esta forma una actitud distinta hacia la población calificada de indígena.

Se organiza la figura de la Encomienda en 1547, donde disponer de indígenas ya no tenía una importancia comercial sino productiva, en el sentido de no utilizarlo oficialmente para la trata sino para el trabajo en las haciendas del Norte venezolano y en el Oeste del Nuevo Reino de Granada en condiciones de esclavitud. En esta etapa se requirió de un dominio territorial más sólido, así lo habían comprendido tal como lo se indicaba en numerosos documentos de la época: "...la tarea ya estaba avanzada en el Nuevo Reino hacia 1550, mientras andaba mucho más atrasada en la futura Venezuela, puesto que El Dorado se había buscado más insistentemente en el primero que en la segunda... por el deslumbramiento sobre el pueblo Chibcha..."(IZARD,1986: págs.86-88).

De las primera avanzadas y penetraciones así como de las haciendas que se organizaron más tarde hacia el norte venezolano, muchos ganados huyeron o se dispersaron y fueron a dar al llano, y no solo eso, lograron una reproducción tal que para la cuarta década del siglo XVII, existían manadas de orejanos y mostrencos de importancia comercial. Tan es así que para 1650 aproximadamente, los misioneros se asientan en los llanos y para 1668 ya existía un claro esbozo de una legislación de origen europeo, que se planteó comenzar a normar el aprovechamiento del ganado alzado.

Durante el siglo XVIII los religiosos fueron avanzando hacia el Sur de la actual Venezuela con los Capuchinos desde el Noreste, desde el Oeste y Barinas los Dominicos y por el Sur los Jesuitas ya asentados en zonas del oriente del Nuevo Reino. El objetivo de todos era incorporar a los originarios que resistían a núcleos poblacionales y fundaciones donde se realizaran labores pecuarias y algunas agrícolas en el pie de monte y llanos de cota alta. Dado que por sí solos no pudieron articular es gran reorganización socioeconómica, pues día a día la población originara se encargaba de que así fuera, acuden a la autoridad española para que los colonos blancos participaran en las labores de pacificación a través de otra figura de dominación como lo eran los Pueblos de Misión. Este tipo de colonización buscaba cazar originarios y originarias, ahuyentarlos (as) o anularlos (as) como barreras ante los objetivos de la empresa conquistadora. De esta forma, teniendo como base legal las Ordenanzas del Llano, las tierras desalojadas se repartían entre los muy pocos propietarios, quedando en pleno derecho de disponer de los recursos existentes muy especialmente el ganado.

“...el afán de la oligarquía por controlar los orejanos obedecía a la posibilidad de comercializarlos como alimento o como animales de tiro, silla o acarreo, y este interés se acrecentaba en la misma medida en que lo hacía la demanda, estrechamente vinculada al extraordinario boom de las plantaciones azucareras y costas del Caribe (y) las mismas plantaciones del norte ... (pero sobre todo el mercado antillano), no solo por sus precios obtenidos (sic) sino por los bienes que podían transportar de regreso, penetraban por el llano remontando el Orinoco...” (IZARD, 1988: págs.. 61-63)

Llegó a tal magnitud el intento oligárquico de controlar una urgente ganadería de rodeo que rompen muchas veces los acuerdos con las órdenes religiosas y así adueñarse de territorios importantes; entre 1770 y 1778, cuando los capuchinos lograron establecer a San Fernando de Apure y San Carlos del Meta, las amplias sabanas allí comprendidas eran motivo de disputa.

Como decíamos, no bastó la fuerza militar ni la acción religiosa, sino que se ideó un aparato legal-represivo para el uso y disposición del ganado mostrenco y orejano que se hizo vital a los latifundistas pues la proliferación del libre aprovechamiento del bien pecuario por parte de otro actor disperso en los llanos , así se los demandaba. Criadores, capitulares, religiosos sesionaban insistentemente, designaban jueces, cuerpos policiales, solicitaban refrendas reales de las ordenanzas, exigían “autonomías” para actual en los límites de sus “propiedades”, todo esto como intentos orquestados para consolidar su poderío en el llano.

Ya entrado el siglo XVIII, se da el giro de las políticas metropolitanas regidas por la casa de los Borbones, hacia las llamadas colonias americanas, tendiente a recuperar el dominio efectivo de los territorios que le había sido tomado por los grupos criollos. El intento de recuperación se dio a través de una reivindicación comercial, fiscal y de la ratificación de la hegemonía socio-política. En este momento la comercialización de la oferta en función de los cambios de la demanda internacional, hizo que se acentuara más nítidamente en los llanos la implantación de una actividad excedentaria, donde la propiedad, donde la propiedad en toda su connotación jurídica y social se erigió como instrumento y expresión de poder, prueba de ello es la amplia proliferación de hatos hacia 1750 en las sabanas hoy apureñas y araucanas, así como el establecimiento de centros poblados como: Cunaviche en 1767, San Rafael en

1768, San Juan de Payara en 1769, Guasualito en 1770, El Amparo y Trinidad de Orichuna en 1771, Guasimal y Achaguas en 1774, El Nula y Apurito en 1781, Quintero en 1786.

Este proceso se mantiene y consolida hasta que es trastocado por el agotamiento del modelo colonial inicial y la entrada en escena de grupos criollos americanos a principios del siglo XIX.

A principios del siglo XIX, cuando se gestaba la situación conflictiva pre independentista, se reanudan nuevas situaciones de reclutamiento en los llanos, ya no de originarios sino de llaneros para engrosar los bandos a enfrentarse, más por motivos de orden político que de orden público y fue tal la desmesura de aquellas agresiones que en los ejércitos no existía una clara certeza de si quienes combatían eran patriotas, cuatreros, realistas o desertores. Tal como lo plantea Izard (1988) en el mismo sentido:

“...En 1813 ... volvió a mudarse el cuartel político del territorio. A mediados del año siguiente Bolívar convocó en el Consulado a la Junta General de Hacendados para proponerles un reglamento y reinstalar las rondas para perseguir ladrones, aprehender esclavos, prófugos y defenderse de los realistas... A partir de 1817, Bolívar fue capaz de ir aglomerando todos los grupos que solo tenían en común no aceptar la reconquista hispánica y así ocupar militarmente buena parte del territorio... mientras el ejército expedicionario se debilitaba..” (Págs.91-95).

Con esto quedaba claro el interés oligárquico de procurarse una hegemonía en el territorio y a la vez la alianza con los grupos patriotas, situación que no era distinta que se mantenían como aliados de la corona española, de manera que en los dos casos era evidente la necesidad y el objetivo de ocupar y defender sus espacios de poder.

Los líderes de la contienda, Bolívar, Páez y Boves comprenden que estos intereses se encuentran vinculados esencialmente a los llanos, región estratégica por sus recursos logísticos, económicos y humanos. De esta manera los llanos, los llaneros y las llaneras ineludiblemente se hacen parte de la contienda.

La actitud de las oligarquías se mantiene a lo largo del siglo XIX. Luego de 1830 el sector dominante agropecuario se dedicó a ejecutar un reordenamiento del

dominio de hecho y de derecho, que implicó enfrentar las secuelas de la guerra en lo económico, fiscal y comercial. Los productos agropecuarios pasaron a tener de nuevo preponderancia para la exportación lo que originó nuevas ofensivas desde y hacia los llanos con orientaciones liberales de intercambio en una economía mundial perfilada desde la óptica del crecimiento económico desigual, arremetiéndose como históricamente ha sucedido con las economías autosuficientes de los llanos.

Los enfrentamientos de estos grupos neogranadinos y venezolanos con las burguesías liberales persistían, la continuidad del régimen colonial se sentía solo que ahora estaba en manos de grupos acaudillados que pasaron a formar parte del pequeño segmento de propietarios y propietarias, que los llevó a grandes disputas por el rumbo de un radicalismo liberal que debía asumirse para solventar deudas y consolidar posiciones de dominio y poder de clase.. es decir, era la preparación del terreno político para accionar el reordenamiento de las repúblicas a favor de los recién incorporados personajes surgidos de la contienda independentista, haciendo llegar a los llanos nuevas oleadas y refugiados, descontentos, a la vez que:

“...la vida en las sabanas se veía dificultada por la derrengadera ... al tradicional mercado antillano vino a sumarse la demanda de cueros por parte de los países capitalistas centrales, ello aumentó la avidez de los propietarios . Éstos, de nuevo interesados en controlar todos los orejanos posibles emprendieron otra acometida contra los llaneros y promulgaron una legislación todavía más represiva (que la del año 1816, promulgada por el Congreso Colombiano) pero de nuevo sin los suficientes recursos para organizar una fuerza armada capaz de aplicarla hasta el final, produciéndose los mismos resultados que en situaciones anteriores: los “cuatrerros” devinieron en “bandidos” aumentaba ahora su capacidad de perjudicar económicamente a los enemigos, ya que era más fácil comercializar cueros que animales en pie...” (Izard, 1988: pág.112).

Todo este cuadro se resumió políticamente en la existencia de centralistas y federalistas, siendo los últimos quienes tomaron la opción histórica del llano como espacio de aprovisionamiento de fuerzas en situaciones de conflicto.

“Durante los cuatro largos años de la contienda, ambos bandos siguieron pertrechándose, como ya lo hacían en las épocas de paz, se abastecían con lo que la naturaleza ofrecía. Las fuerzas represivas incapaces de abastecerse por su

cuenta (lo hacían) como una plaga y arrasaban con lo que necesitaban o no...”. (Izard, 1988: pág.114) .

A pesar del movimiento radical del movimiento federal en la actual Venezuela, cuando controlaban las 12 provincias de la desdibujada república, pactan en Coche y así se anula un proceso insurreccional que pudo haber desembocado en una verdadera revolución popular. Permanecen en pugna las oligarquías, los llaneros y las llaneras continúan defendiendo sus espacios y su cultura en lo que serían las continuas guerras civiles durante el largo período del guzmancismo, a fines del siglo XIX, donde no se pudo reconciliar la diversidad de intereses en juego.

Se ha dicho que Juan Vicente Gómez tras la fuerza caudillista del siglo anterior, acabó con los dominios regionalistas en la Venezuela del siglo XX, se dice además, que la región no dominada pero si replegada fue la de los llanos bajos, todo en el marco avasallante de su dominio personalista que lo enfrentó a los llaneros y a las llaneras. Ello por su tendencia a perpetuar su patrimonio en la figura del hato –aún después de la aparición del petróleo- que lo llevó a controlar casi totalmente la comercialización interna y externa de animales, salvo las cantidades considerables que se le “escabullían” por la vía Apure-Arauca.

El control del aparato gomecista se perpetuó a través de una considerable inversión infraestructural, tecnológica y de modernización del aparato militar, que permitía articular bajo su puño el desenvolvimiento del país. Todo esto se vio favorecido por el advenimiento de la inversión extranjera norteamericana, símbolo de los intereses occidentales que para ese momento y hasta la actualidad veían y verían a Venezuela como punto estratégico de controlar en Suramérica.

En Colombia, el poder conservador preparaba el terreno para la transformación de la estructura económica que acogería a la inversión norteamericana, esencialmente sustentada en la formación de enclaves bananeros y petroleros lo que, como toda política centralista, concentra recursos humanos y financieros, crea polos urbanísticos, en este caso hacia el occidente de Colombia, concretando el maridaje del capital foráneo y el latifundio. Se crearon centros de enclave donde se concentró compulsivamente una gran masa laboral que tempranamente comenzó a generar acciones de agitación y enfrentamientos. Ese mismo contingente se vio fuertemente afectado luego de 1930 por

la cesantía obligada a la vez que los grupos conservadores y liberales desatan un detonante en pos de garantizar su permanencia en el poder del Estado.

Estos sectores del poder político y económico colombianos prácticamente azuzan los conflictos. De otra parte, la formación política de la masa laboral que retorna al campo y a los llanos, comprende y valora los enfrentamientos haciéndose partícipes de él. Se inicia lo que se conoce como el tiempo de la violencia que como se ha visto es el resultado de un proceso. Implica la presencia de los bandos conservadores y liberales que junto a las fuerzas armadas oficiales y fuerzas paramilitares pretendían hacerse de más y nuevas propiedades a la vez de resguardar las ya detentadas.

El conflicto en los llanos colombianos incorpora a sus diferentes componentes. Hateros y no propietarios donde se ubican conuqueros y peonada, esta última conformada por vaqueros, caballiceros y caporales. A pesar de los históricos enfrentamientos de estos grupos, van a la contienda como Bloque del Llano, en el cual los ganaderos liberales participaban como proveedores de recursos logísticos y humanos a cambio de la custodia militar de sus ganados y propiedades; situación que les otorgaba un piso institucional más firme en lugar de ser defendidos por ejércitos de llaneros. Con la firma del llamado Acuerdo de Sogamoso se escinde el referido Bloque iniciándose de esta manera un reordenamiento de los bandos en medio de oleadas ofensivas-defensivas violentas.

“Los dueños de los hatos liberales, (refiere el capitán liberal Berardo Giraldo) al comienzo, es decir hasta antes del Pacto de Sogamoso, nos colaboraban voluntariamente. Pero después, una vez que el coronel Castillo los cuadró en Sogamoso y les propuso que en vez de colaborarnos le pagaran al ejército para comprar armas, porque éste era más garantía que la Chusma, muchos aceptaron y se acogieron a su ley.les fue mal porque entonces tenían que pagar doble, nuestra parte y la de ellos ... La mayoría de los impuestos eran pagados en reses. El ejército sacaba su hato por Sogamoso y allá lo vendía, pero a nosotros nos quedaba, por lo regular, muy difícil llegar a esa plaza y teníamos que venderlo a Venezuela donde no importaba la marca. El ejército no podía moverse de los hatos. Se metía donde nosotros lo dejábamos y allí se quedaba. Una patrulla de tres o cuatro era suficiente para inmovilizarlos. Adónde íbamos los atajábamos y cuando lo queríamos los dejábamos caminar hasta agotarse. No conocían el

llano. Eran soldados traídos de la cordillera, de Caldas, de Nariño. Gente acostumbrada a mirar cerquita y a caminar con las rodillas. El llano abierto les daba desconfianza y miedo. Los obligamos a no poder moverse. Su cárcel eran los meros horizontes abiertos...” (Molano, 1989.págs. 71-76)

De esta manera resurgen los descalificativos para referir a las peonadas así como los aparatajes jurídicos represivos de este mismo grupo social, es decir a los llaneros y llaneras.

El investigador colombiano Germán Guzmán nos lo resume de la siguiente manera:

“... cuando aflora nítida la aspiración de la peonada ... y se orienta la conciencia del hombre hacia sus causas de justicia por la obra de la revolución, surge intransigencia, ciega, por la política del corral, cuyo primer paso converge hacia una climatización de ideas para salvar la industria ganadera, motivo más que suficiente que garantizará una represión feroz. Así llega el momento exacto en que un cambio de palabras resulta definitivo: a los hombres en armas que los amos habían seducido envalentonado, cohonestado y encubierto los llaman ahora bandoleros y con este término, se crea toda una mentalidad de características punitivas”.(Guzmán,1982.pág.71)

Lo dicho hasta aquí es una versión de la ocupación del espacio llanero así como de sus protagonistas, descansando todo este largo proceso en una justificación de la expansión del poder colonial que inicialmente se ubicó en las costas de las actuales Venezuela y Colombia pero que por intereses vinculados a una estructura social y económica que así lo exigía fue más allá para asumir la tendencia del control legalizado sobre los recursos materiales localizados en los llanos, entiéndase el ganado en un primer momento y luego las tierras.

Durante la formación colonial el llano tuvo una importancia eminentemente comercial por el recurso ganadero allí asentado, y si bien a partir del siglo XVIII, la tierra comenzó a ser más cuidadosamente delimitada a través de mecanismos jurídicos, es porque detentarla en propiedad, comienza a avalar procesos de apropiación y disfrute de este recurso.

La valoración de la propiedad de la tierra comienza a funcionar como un eje desde donde se organiza el espacio para los hombres y mujeres ligados y ligadas al poder colonial y neo colonial, pues como se vio, entrado el siglo XX, pasa a constituir un elemento clave en la consolidación de las jerarquías sociopolíticas nacionales, es decir de las estructuras de clase en ambos países.

LOS LLANOS COMO ESPACIO DE REFUGIO EN LOS TIEMPOS COLONIAL Y NEOCOLONIAL.

Parte del proceso de poblamiento originario en los actuales territorios venezolanos y colombianos, es el resultado de un replanteamiento estratégico de las etnias en estos grandes territorios hacia fines del siglo XV ante la violenta presencia europea.

Los pueblos originarios de las llanuras se han identificados como cazadores, recolectores y agrícolas. Estas prácticas eran alternadas en los intensos y permanentes desplazamientos y contactos con grupos de los piedemontes respectivos, así como por las variantes físico ambientales y culturales que les signaban una vida de enramia que se constituiría por varios siglos en su principal arma contra los intentos de reducción y extinción.

Las rancherías a orillas de los ríos y el resguardo en las matas llaneras les garantizaban recursos de subsistencia, así como la oportunidad de reponer fuerzas para soportar las inclemencias del trópico y las que llegaban a caballo y en sotana desde la península. Esta ecología llanera es una suerte de escudo protector de formas de organización socioeconómica como la encomienda, los pueblos de misión, fundaciones y posteriormente los hatos que compulsivamente los pretendían reducir.

Además de los pobladores y pobladoras originarios de estos grandes espacios, son variadas las referencias de etnias enteras que llegaban a los llanos huyendo de los contornos de la oligarquía caraqueña y los centros de producción agrícola del oriente colombiano:

“... un porcentaje considerable de los indígenas que huían al llano lo hacían por no verse obligados a trabajar de sol a sol, casi exclusivamente para pagar el

tributo a la corona ...una parte de los indios escurridizos vivían tras poblaciones o se habían refugiado dentro de alguna propiedad , pero es frecuente la información sobre cumbes o rochelas, a través de lo que, no solo querían eludir el pago de tributo, sino a cualquier tipo de control por parte de los blancos...”(Izard, 1983,p.32).

Otra referencia nos dice:

“...allí (en el alto Arauca) se establecieron haciendas pero que con el tiempo sufrieron el araque devastador de los Capitanes Caimalen y Tripa ... de grata recordación por su espíritu errante ... y belicoso... así como de los feroces chinatos provenientes del lago de Maracaibo...” (Caropresse, 1988. P.18) .

De otra parte, los negros y negras fugitivos y fugitivas de las haciendas del norte de la actual Venezuela, así como de las minas occidentales, haciendas cañeras, cacaoteras y tabacaleras de Colombia fueron otro componente étnico que hace presencia y se integra a la vida en los llanos. Continúa Caropresse diciendo:

“Los esclavos que escapaban de plantaciones o haciendas y podían sobrevivir al acoso de sus perseguidores tenían muchas posibilidades de conservar su vida y su libertad en la actual Venezuela que en otras zonas del Caribe. Si conseguían llegar a los llanos podían camuflarse en tan vastos territorios y vivir de la caza especialmente de reses, ya aisladamente, ya acompañándose con otros de sus mismas condiciones...”(P.18) .

En Colombia un numeroso grupo de esclavos y esclavas se hallaban en la actividad minera, los altos y bajos en la producción se darían en correspondencia con hallazgos de nuevas fuentes lo que llevó al agotamiento progresivo de las minas; de esta manera muchos nuevos yacimientos se quedaron en la imaginación dorada de muchos de los exploradores de estas tierras.

“en estas circunstancias la minería del oro realizada con trabajadores esclavos no fue una actividad de prolongada duración , ya que los elevados costos de esta mano de obra no podía ser sostenida ... no causa sorpresa entonces que a finales del siglo XVIII, algunos de cuadrillas en Antioquia dieran libertad a sus esclavos, ... así la decadencia de la minería contribuyó a la formación de núcleos libres ... iendo éstos a engrosar probablemente los frentes ya abiertos

por numerosos palenques de esclavos fugitivos, modalidad de poblamiento que se presentó particularmente en la costa Caribe ... pero también en el interior de las llanuras ... y aún en la zona andina y en la zona pacífica...”(Fajardo, 1986.p.25).

El conocimiento de prácticas hateras por parte de miembros de la población africana reforzó la práctica cazadora del indígena quien tenía el conocimiento del espacio llanero como refugio. Blancos y blancas pobres fuertemente cohercionados y cohercionadas por códigos de clase justicia y ética igualmente se refugiaron en los llanos, huyendo de la segmentación colonial, asimilándose a la vida en los llanos lo que les valió ser calificados y calificadas como delincuentes. A fines del siglo XVIII, la Gobernación d Calabozo:

“... hablaba de los perjuicios ‘que siguen a la causa pública, la cantidad de vagos y viciosos que deambulan por el llano con entera libertad y cruzando el Apure y el Meta cuando les provoca, sin sujetarse a la obligación de llevar la debida licencia ... entre otros vicios que se hallan aquí arraigados es el de los concubinatos ...: (se pensaba que) el abigeato no solo derivaba perjuicios económicos, sino que además pervertía a los esclavos y a los hijos de familia que se corrompían en el juego y la ociosidad, por no haber otros que los ladrones y ociosos. Que los peones de hato, arrieros, conductores y caporales de ganado fomentaban el robo y la ruina de las haciendas. Que estas gentes alimentadas de la rapiña vivían a distancia de los poblados en plena libertad, sin temor a las justicias corrigieran sus excesos. Por lo general ignoraban la religión y despreciaban todos sus preceptos...”(Izard, 1983,p.29).

Dicho esto, vemos cómo se conforma un sujeto histórico que activa su etnicidad a favor de una existencia libre en los llanos como escenario portador de una geografía, contenido de componentes de naturaleza humana que revelan una histórica confrontación no solo de los hombres y las mujeres en relación con la naturaleza sino la confrontación también histórica surgida de la tensión de los grupos humanos que pugnan por dominar en una relación de poder espacialmente delimitada.

Los hombres y mujeres que llegan y se quedan en los llanos lo hacen asumiendo la sobrevivencia, fusionando prácticas, incorporando elementos tan importantes para las dinámicas que luego se desarrollarían y marcarían la vida en el espacio llanero como lo

es el ganado. El ganado traído por el interés mercantil del europeo, pasaría a ser una suerte de garantía del modo de vida de los sujetos protagonistas de la vida del llano, quienes devienen en hábiles cazadores de orejanos, lo que les significó que fuesen calificados de cuatrerros por los recién instalados colonizadores, dígase, misioneros, hateros a quienes costó lograr la solidez de los asentamientos y dominio en los llanos de las llamadas indias.

Si continuamos con la revisión sociohistórica nos encontramos con la acción de los y las llaneros y llaneras ante los cambios de la sociedad colonial. Con la segunda conquista de América, impulsada por las iniciativas liberales borbonas, Lynch (1985), se da paso a nuevas respuestas surgidas desde los llanos ante la agresión a este espacio. Agresión reforzada por instrumentos jurídicos ideados para “limpiar” de obstáculos estas regiones, pero que se tornaban inoperantes sobre todo por el medio hostil donde los “perseguidos” eran hábiles baquianos. Se planifican acciones de arremetidas dado que:

“... desde 1795 incrementaron las lamentaciones, el abigeato no cesaba de crecer, a la vez que los cuatrerros agrupados, no solo se llevaban grandes cantidades de ganados de los hatos, sino que asaltaban los que eran conducidos hacia el norte, o se presentaban en los rodeos para quedarse con los animales juntados, además los ganaderos temían por su vida, ya que los cuatrerros asaltaban viviendas, robaban alimentos, dineros o alhajas, e incluso asesinaban a los propietarios; por añadidura, las bandas de cuatrerros tenían, ‘formales establecimientos y poblaciones dentro de las montañas y lugares inaccesibles’... A finales de 1795 el Conde de La Granja y el Marqués del Toro oficiaban en nombre de los propietarios de hatos venezolanos ... que el bandolerismo y el abigeato de los llanos habían llegado a tal extremo que podía ‘con la sucesión de los tiempos y quizás dentro de pocos años hacerse trascendental y común al resto de las provincias ... porque acostumbrados aquellos moradores a vivir del pillaje, corrompidas sus costumbres y endurecidos sus espíritus con las atrocidades que cometen, cuando hayan desolado los hatos y cuando no encuentren ganados que robar y hombres que matar, dirigirán las empresas contra los pueblos ...’ pero lo que no pudieron predecir es que los llaneros dirigirían sus empresas dentro del complejo entramado de la guerra de

independencia, unas veces calificados de realistas y otras de patriotas ...” (Izard, 1986.p.116-129)

La participación de los llaneros del Casanare, Colombia, en las filas de José Tomás Boves se dio cuando este caudillo logró desenmascarar el interés de la oligarquía caraqueña por procurarse una hegemonía en el territorio. La participación de los llaneros en estas filas garantizó el éxito de los realistas durante los primeros años de la lucha por la independencia. José Antonio Páez detecta y comprende el potencial guerrero de los llaneros, y ante el fraude sentido tempranamente por quienes se alistaron en las filas de Boves contra los oligarcas, logra canalizar su frustración para dirigirla hecha ejército contra las fortalecidas fuerzas centralistas. Se dice que Páez se hace llanero y comienza su ascenso como conductor de parte del ejército llanero patriota.

La acción de los llaneros en el marco de las luchas populares que se desarrollaron a lo largo del siglo XIX, en respuesta a la acción privatizante de las sabanas llaneras, una vez declarada la victoria política independentista y creada la República de 1830, continua de manera contundente y con mucha más experticia en materia de guerra. Se trata de una unas masas verdaderamente insubordinadas de hombres y mujeres del llano.

“... Ante la pacífica situación reinante en toda la República ...en la de Mantecal por no decir en todo Apure, ha colocado su tronco el imperio del mal, que amenaza de nuevo la patria entera, si no se marcan lindes a sus conquistas devastadoras. No hay en Mantecal leyes ni magistrados, solo mandan el plomo y el puñal con su autoridad aniquiladora ... , todo se habría originado con el creciente desuello para comercializar cueros y ya no se respetaba el sagrado derecho de la propiedad ya que allí los ganados se consideraban bienes de todo y desgraciado el dueño que pretende oponerse a tan espantoso comunismo, ya que entonces el odio y la persecución le van de cerca y el ángel de la muerte bate sobre él sus alas de exterminio y persecución...” (Izard 1982: P.232)

Es necesario decir que en los llanos venezolanos y neogranadinos siempre existió una tendencia política anticentralista, alentada fuertemente por el liderazgo federalista, quienes terminaban por canalizar la protesta a su favor:

“... por la vía del Orinoco y el Arauca los insurgentes comerciaban con la Nueva Granada, y con el resto del mundo a través de ciudad Bolívar. Exportaban sus productos, especialmente bienes agropecuarios y recibían lo que no producían, en primer lugar pertrechos bélicos. Desde el período colonial este tráfico había sido clandestino o fraudulento, y ahora, durante la guerra federal, las autoridades, especialmente las militares de las provincias llaneras, deseaban entorpecerlo o detenerlo totalmente. En Apure la situación se había deteriorado porque el departamento de Casanare ... se había revelado contra Bogotá y los insurgentes habían hecho causa común, en principios e intereses con los revolucionarios de Apure, lo que exigía una prohibición más tajante de la navegación por el Arauca ... por otra parte ... una discordia civil similar a la venezolana e iniciada también en 1859, enfrentaba en la Nueva Granada al gobierno central con las regiones periféricas. Y lógicamente, enfrentamientos parejos que no hacía demasiado tiempo habían formado parte de la organización estatal común traspasaban tranquilamente la artificial frontera, existiendo más similitudes entre las regiones periféricas de ambas Repúblicas, que entre aquellas y sus respectivas capitales ...” (Izard 1982: P.262-264).

El siglo XX venezolano se inició con la instauración en 1908 de una de sus más largas dictaduras, teniendo a la cabeza al andino Juan Vicente Gómez. En ese contexto de férrea dominación personalista, los llanos apureños fueron quizás el único espacio no controlado totalmente por este personaje. A la cabeza de la resistencia figuraban Emilio Arévalo Cedeño, Pedro Pérez Delgado “Maisanta” , Marcial Azuaje, entre otros caudillos, quienes se organizaban en Arauca, Colombia para salir a agitar la geografía venezolana terminando siempre refugiados en los llanos apureños o araucanos.

“...Acá se le conocía (a Arévalo) y donde quiera que llegábase se le atendía en alojamiento y montura, yo creo que era el más grande de la revolución y había solidaridad y simpatía ; si iba y llegaba de un momento a otro por las escaramuzas a Gómez...” (Izard 1982: P.262-264).

Otra fuente nos dice:

“... como había sucedido con quienes perseguían a Emilio Arévalo Cedeño, las fuerzas represivas iban siempre echando el bofe, mientras los perseguidos realizaban un tranquilo paseo ... (desde Cantaura se decía:) ‘después de una

forzada marcha por ver si le dábamos alcance a Marcial Azuaje, hemos llegado a ésta teniendo que dejar algunas bestias cansadas en el camino. Azuaje salió de ésta ayer a las 5.30 hacia Maturín. Ya lo llevamos muy cerca y si se dan una corta parada le daremos alcance ..” (Izard 1984: P.82).

La insurgencia llanera guarnecida en Colombia abiertamente, dada la imposibilidad de las autoridades araucanas de reprimirla y ni siquiera condicionarla, inquietaba al poder del norte venezolano, aunque tácticamente quedaba clara también la incapacidad de los insurgentes de lograr una desestabilización total del dominio gomecista.

En Colombia la migración interna provocada por los conflictos políticos, dígase por la violencia, se acrecienta y en la década de los años 1940 recrudece esta situación.

“... los testimonios sobre la violencia permiten ver como en ese momento se generalizó el movimiento guerrillero en muchas regiones del país: los llanos orientales, el noroccidente cundinamarqués, Antioquia, Tolima ... la resistencia liberal desarrollada frente a las actividades terroristas de las fuerzas armadas y bandas paramilitares conservadoras, tuvo durante todo este período un carácter eminentemente local. La coordinación que trató de ejercer la Dirección Nacional del Partido Liberal, se orientó básicamente hacia los llanos orientales ... los núcleos locales de resistencia , surgidos en el campo, se organizaron en torno a las líneas de poder local, caciques, gamonales, jefes de familias extensas, las cuales se movilizaban junto con su clientela... para la resistencia en El Tolima, Boyacá, los llanos y Antioquia.

Las normas y valores de estas comunidades familiares definieron sus metas dentro de límites precisos: inicialmente la autodefensa, luego la retaliación (el godeo) y con ello la toma de botines que luego degeneró en el móvil principal de la acción armada de muchos grupos...” (Fajardo 1986: P84-86).

En medio de este cuadro de violencia, en el llano colombiano, los llaneros eran considerados “los mejores jefes de la revolución”, dado que conocían la geografía, la manera de usarla para el refugio o el desgaste de otros, la hidrografía, el ganado como fuente de sustento y de financiamiento.

Es valioso citar información que nos habla del componente llanero y del llano mismo en el contexto colombiano:

“... resolví (refiere el capitán liberal Berardo Giraldo) montar otro aserrío en una montaña grande que hay entre Puerto López y Puerto Gaitán y que llaman Montenegro. No era fácil que allá me fueran a buscar, además era una región controlada por los Matas y los Undas, un refugio de ellos. Los Undas eran primos hermanos de Guadalupe (Salcedo) porque la mamá de él era sáliva de Arauca y ellos tenían guindadero donde posaban : en el Casanare, en el Vichada, en el Pauto, en el Meta. Robaban ganando como buenos indígenas, y los vendían a los ricos de Sogamoso. Guadalupe había nacido en ese oficio y en la época que yo llegué a Montenegro era el jefe de todos porque además de ser llanero había prestado servicio militar y era entendido en cosa de armas. Era un negro formal, sencillo y dominante. Cuando lo conocí, cerca de la laguna de Remezón, andaba montado en un potro que le hacía a uno largar la baba. Montaba como si hubiera nacido en anca de una bestia. Ese día llevaba con su cuadrilla una madrina de caballos. Iban bien armados y mejor montados... Se imponía sin decir palabras. Por eso podía mandar la cadena de caballerizos que mandaba y por eso fue general de todos...Era llanero. Eduardo (Eduardo Franco Isaza, combatiente liberal) lo invitó a participar en el comando Monchacá y el aceptó porque entre nosotros había igualdad y nadie era más que nadie. Lo comenzó a apoyar su familia. Tenía primos y compadres en todas partes y todos eran peones, mensuales y caballiceros. Los ganaderos lo odiaban porque él lo había golpeado muy duro. Pero eso mismo le sirvió para hacer fama en la llanera, que era la que él sabía mandar. Todos lo seguían porque era dominante e igual a ellos...”(Molano 1989: P.32-64).

De esta manera se configura y organiza el espacio de refugio en los llanos como resultado de la presión de los grupos ligados al poder colonial que usurpan territorios primigenios. A partir de ahí el componente humano; hablamos de originarios, negros y blancos en las primeras décadas de la Formación Colonial; llaneros y llaneras, cuando emerge la etnia llanera, comienza a accionar para la apropiación de los entornos vitales y sus respectivas fuentes alimentarias; pero cuando el opresor orden colonial por esa necesidad inmanente de los modelos capitalistas exigen expandirse, entonces los llaneros y llaneras trascienden sus luchas por control de rutas comerciales, autonomías

políticas, causas nacionales como lo veremos a lo largo de las situaciones neocoloniales que han caracterizado todo el siglo XX y las luchas emancipadoras en lo que va del XXI de las repúblicas venezolana y colombiana.

LAS SOCIEDADES LLANERAS

IMPLANTACIÓN DE LA SOCIEDAD EXCEDENTARIA Y EXTENSIVA EN LOS LLANOS.

Cuando América es incorporada al sistema mercantil europeo en expansión a fines del siglo XVI, se inicia la reorganización de las sociedades originarias de características sociopolíticas diversas. De aquí en adelante, sobre estas sociedades operaría un intento de homegenización para cumplir con el cometido de proporcionar un proveedor incondicional al sistema comercial de la metrópolis.

Venezuela no inspiró grandes expectativas en el primer siglo de la organización colonial, contrario a las generadas en el llamado Nuevo Reino de Granada, actual Colombia, dado que las noticias y evidencias de sus potencialidades comerciales fueron mayores. Las riquezas naturales y la mano de obra constituían la llave de entrada a los extensos territorios por explorar.

A pesar de lo anterior, hoy día puede referirse lo efímero del sueño de El Dorado que se tradujo en el transcurso del primer siglo colonial en la implantación de una economía agropecuaria orientada hacia los mercados internacionales. Tal cambio de planes requirió de la estructuración e igualmente la implantación de una sociedad que asumiera el proyecto colonial en América. Tal reto desde el punto de vista de las sociedades originarias que hacían vida en estos territorios, contó con condiciones favorables y de adversidad que marcaron el rumbo de los siglos por venir.

Los pueblos vinculados a las labores agrícolas difícilmente podían decidir movilizaciones defensivas o de repliegue ante el avance europeo así como aquellos pueblos cuya organización política depositaba el destino y la estabilidad en un número reducido de hombres, quedaban más vulnerables ante el avasallante invasor.

Caso contrario fueron los pueblos que desempeñaban labores de caza y recolección, disponían de herramientas para la resistencia ante los esfuerzos por sedentarizarlos. Coincidían estos pueblos en tener estructuras políticas menos polarizadas, más diversas.

La sociedad que termina expandiéndose e imponiéndose tras la sombra de la conquista, tiene todas las características de ser un objetivo ajeno a los hombres y mujeres de las recién bautizadas indias.

“... si en las regiones más apetecidas (en la actual Colombia, los altiplanos de los alrededores de Santa Fé, Tunja y Popayán) la expansión castellana sobre las tierras más fértiles o aptas para la ganadería se extendía como una mancha de aceite, en otras regiones, los llanos por ejemplo, las zonas vaciadas de indígenas tardaron más tiempo en ser, se ponen de manifiesto las diferencias abismales entre lo ocurrido en regiones con densidad aborigen relativamente altas y en regiones despobladas. En el Valle del Cauca en la Costa de El Caribe, costas de El Magdalena, los llanos etc., la ocupación fue más lenta pero también degeneró en la creación de enormes latifundios, a los que la casi inexistencia de la mano de obra daba más significación social que económica y hacía que la escasa agricultura contrastara una notable explotación de ganado cimarrón... En la actual Venezuela la menor densidad de aborígenes ... y la poca relevancia de la minería provocaron durante un periodo más o menos largo la escasa trascendencia comercial de una agricultura solo autosuficiente y el considerable rol de la ganadería de animales cimarrones en los llanos...” (Izard 1986.P.78-80).

La sociedad excedentaria suponía el establecimiento de relaciones de trabajo, relaciones producción y mercantiles, marcadas por la desigualdad, la acumulación y la sujeción a intereses foráneos. La mano de obra aborigen queda cautiva de las condiciones de esclavitud, que luego de algunas décadas es declarada en lo formal como una práctica ilegal para este componente étnico de las “indias”, más como una estrategia de dar funcionalidad a la estructura colonial que como un acto de justicia o humanismo; lo que supone su explotación a favor de la generación y extracción de excedente transferible al mercado mundial, sumado a la mano de obra esclava importada de las distintas regiones de África para el condicionamiento del consumo en el engranaje comercial que se estructura.

La encomienda y los pueblos de misión introducen un régimen de propiedad que en el espacio llanero se tornarían inestables, dejando al principio del tiempo colonial en una suerte de libre albedrío, la reproducción del principal bien pecuario de “las indias”;

para luego reducirlo y controlarlo en estancias o hatos que cohercionaba la mano de obra con todo el soporte jurídico que el orden colonial fue diseñando.

A lo largo del siglo XVIII el desarrollo del intercambio y la naturaleza de la demanda se orientó hacia los bienes agrícolas requeridos en el actual México y en la Europa no española; pero a fines de ese siglo opera una caída de esta demanda, lo que supone una mirada hacia los bienes pecuarios del llano ya que su comercialización generaba de manera casi inmediata ganancias, por aquello de la escasa inversión que requería esta actividad productiva.

Los impactos de esta reorganización de la explotación pecuaria no se hicieron esperar. El mayor interés por el ganado supuso no solo restricciones y severidad en el control del recurso, sino mayores empresas de agresión hacia los llaneros y las llaneras que fueron verdaderas víctimas del auge de la excedentarización del llano.

La agudización de los conflictos tenía su origen en la necesidad de afianzamiento económico del mantuanaje, lo que le imprimía una significación profundamente social. La organización de una ganadería de rodeo provocó conflictos entre grandes, pequeños ganaderos y llaneros; sujetos que se constituyeron en el marco social de los enfrentamientos de principios del siglo XIX.

La sociedad de la provincia de Venezuela y la neogranadina, para 1800 poseían todos los rasgos de las sociedades productoras de bienes de consumo más allá de sus necesidades internas. Era evidente el aprovechamiento desigual de los excedentes de la producción por parte de minorías de propietarios, quienes habían generado un marco legal a su favor y con ambiciones claras de tender a expandir sus dominios.

En Venezuela, los intereses de las zonas periféricas a Caracas, estaban fuertemente arraigados pues la producción de esta provincia era fundamentalmente de materias primas agropecuarias concentrada en los valles de la costa y en los valles del sur. El ganado disperso así como las plantaciones de importancia comercial como el añil o el tabaco, se localizaban dentro de los grandes latifundios en manos de una aristocracia, que hasta los últimos tiempos de la formación colonial confió su estabilidad socioeconómica al poder metropolitano, aún cuando ese grupo de propietarios socialmente no era un grupo homogéneo.

“A finales del período colonial la aristocracia rural formada en su mayor parte por criollos (no llegaba a ser el 1% de la población ... monopolizaba la tierra y movilizaba la fuerza de trabajo ... como productores de artículos de exportación ... querían colocar sus productos directamente en el mercado mundial, ... esto hacía que estuvieran resentidos con los monopolistas españoles por el control del comercio ... les faltaban los medios para penetrar la alta burocracia ... su frustración era tanto más aguda cuanto que se sentían amenazados ... por la política socio-racial de la metrópolis. Pasaron a la ofensiva, oponiéndose al avance de la gente “de color” (o sospechosos), quejándose de la venta de la blancura ... tenían una guerra de castas...” (Lynch 1985:p.214-216)

Esta estructura social diferenciada jerarquizada y de marcada segmentación justifica la lucha política iniciada por los criollos y fue el germen de las luchas independentistas del siglo XIX y la prefiguración de la nueva sociedad que se pretendía implantar.

Con la constitución de 1811 y con las Ordenanzas del Llano se fortalece el régimen de propiedad y se legitiman los grupos criollos en la “cúspide” de la sociedad. Cuando se asocia la propiedad de la tierra con el ganado se limita y restringe su usufructo a favor de ganaderos, rancheros, productores o criadores en desmedro de los llaneros y llaneras, cazadores y cazadoras a quienes se les pretende asimilar a relaciones de trabajo semi serviles, semi asalariadas atentando contra los usos y prácticas comunistas que caracterizaban a la sociedad llanera que en definitiva lanzó a sus hombres y mujeres a la guerra de los criollos y españoles, tras la búsqueda del ganado y la reafirmación de su libertad.

A lo largo de esta lucha de los criollos por imponer su ideal de sociedad americana, el llano representó un bastión que reiteradamente se intenta atraer, ganar por los bandos en disputa. Durante la primera y la segunda república, el llano como contexto social es ganado a la causa conservadora realista tras la figura de José Tomás Boves y a partir de 1816-1817 es la fuerza patriota, acaudillada por José Antonio Páez la que logra sumarse el apoyo de los llaneros y llaneras.

Más que valorar una que otra participación, es importante comprender que los representantes de la sociedad colonial –tanto los defensores y defensoras de la vieja versión europea, como los impulsores e impulsoras de la nueva versión americana- se

armaron de argumentaciones atractivas al interés y valores de la sociedad llanera. Los ofrecimientos de confiscación de propiedades, reparto de tierras y ganados, venganza contra quienes limitaban el usufructo de sus entornos, era lo que el proyecto social criollo estimaba como atrayente para el contingente humano de los llanos aun cuando se hallaran en el marco de una sociedad excedentaria por consolidar.

J. Lynch nos refiere:

“... en la proclamación de Guayabal (1813) Boves decretó la guerra a muerte contra los criollos y la confiscación de sus propiedades. Así una mezcla de raza y recompensa animaba a los llaneros ... En los llanos la reforma agraria no era el problema. La población era escasa, desperdigada en infinitas distancias y la actividad agrícola era limitada ... gran parte del ganado “libre”, esto es, salvaje y sin propiedad y los llaneros no eran tan ganaderos como cazadores. Aquí la riqueza era el ganado más que la tierra y era al ganado más que a la tierra a lo que los llaneros querían acceder... (A fines de 1816) lo que Bolívar llamó e tercer período de la república no se redujo a la costa... era ésta una nueva estrategia: poner la base de la revolución en las llanuras del Orinoco ... llevó a sus hombres hasta Apure... Bolívar nunca entendió a los llaneros y el propio Páez no se hacía ilusiones ... les prometía una parte de las fincas tomadas ... y Bolívar lo confirmó ... (Lynch 1985:p.235-240).

En la Nueva Granada se hallaban también fuertemente arraigados los intereses latifundistas además de existir un amplio sector burócrata con ascendencia social. Las grandes haciendas se hallaban en los alrededores de Santa Fé, Popayán, Tolima, los llanos orientales y en menor proporción en las zonas cacaoteras y azucareras de la costa pero la especialización y el comercio chocaban con la inflexibilidad económica, y como en Venezuela, se daba el roce de los intereses criollos con terratenientes de la periferia, así como con otro sector que más adelante sería clave en los procesos emancipatorios, como lo eran los comuneros, por aquello de los impuestos, aranceles y monopolios. Este cuadro de cosas se agudizó con las rebeliones esclavas, el ascenso de los pardos y los “consentimientos raciales” que otorgaba el proyecto borbón con la venta de títulos de nobleza al mejor postor.

Así se activa el proyecto independentista en Quito y cobra fuerza al extenderse hacia el corazón del Nuevo Reino tocando territorios como el de Casanare y propiciar la

división del territorio entre centralistas y federalistas pero inicialmente este movimiento no incorporó a hombres y mujeres originarios ni originarias, campesinos, campesinas quedando la región de los llanos como espectadora de la llegada de miembros de la resistencia criolla, la que muy luego logró ganarlos e instauraron lo que el autor J. Lynch llama “una feliz anarquía” bajo la conducción de caudillos. Esta situación cambió cuando llaneros y llaneras se asumieron como arte y parte del proyecto criollo bajo la conducción de Santander y otros que organizaron gobiernos en las grandes regiones casanareñas, que al igual de Apure, fueron la gran despensa de la revolución.

La justificación de la lucha independentista, los grupos sociales que la liderizan, las alianzas internas y externas que se construyen, prefiguran la sociedad que se aspira construir pero la evidencia más palpable de la condición excedentaria, dominante y expansiva de la sociedad “criolla” se pone de relieve en las repúblicas neocoloniales, toda vez que la reactivación de sus golpeadas estructuras económicas y reconstrucción institucional se avocan a favorecer la ampliación y resguardo de los intereses de los bandos latifundistas victoriosos. Así, se consolida la propiedad de minorías usurpando a pequeños criadores y reprimiendo el descontento de grupos civiles.

“La guerra de liberación dejó a Venezuela convertida en una tierra baldía ... el consumo bélico redujo el ganado ... la huida de la mano de obra agravó la situación . En vista de la deprimida economía, el limitado mercado interno ... y la estrecha gama de exportaciones primarias la libertad de comercio sirvió para incrementar la dependencia de Venezuela ... Bolívar quería distribuir las tierras confiscadas ... pero sus planes se vieron frustrados por la acción de legisladores y oficiales ... los mayores disturbios se produjeron entre los llaneros ... pronto empezaron desórdenes en el Apure ... Mientras, Páez decretó un nuevo reglamento para hacendados y criadores del llano... Si Nueva Granada no sufrió la consecuencia de ser un campo de batalla, fue utilizada como base; ... los nuevos gobernantes se esforzaron por conseguir un desarrollo económico ... en la práctica el sistema fiscal tendió a volver al estado colonial...” (Lynch 1985:p.246-288).

La sociedad criolla del siglo XIX refuerza el valor de la propiedad dando así continuidad a los enfrentamientos de grupos de llaneros defraudados. Se impone como rectora del nuevo ordenamiento republicano fundamentado en una estructura económica

reproductora de la lógica dominante anterior, junto a una institucionalidad que legaliza el valor del trabajo, va dando forma a una idea de patria, del heroísmo, del valor nacional por sobre los valores diversos y dispersos en las sociedades afrodescendientes, llaneras, originarias menospreciadas desde la mirada de criollos y criollas engrandecidos y engrandecidas.

Llegado el siglo XX encontramos a los intereses ganaderos, se encuentran amparados en la propiedad que había venido consolidándose desde las primeras fundaciones y hatos y legitimada en las repúblicas emergidas de la gesta independentista. Controlan recursos naturales, detentan capacidad financiera, influyen sobre el patrón de asentamiento, en fin se imponen en los llanos.

La sociedad ganadera, el hato, los hateros y hateras, es decir todo lo que representa la sociedad implantada y defendida por los hombres controladores del poder político, es asumido como representativo de la sociedad llanera. El investigador Lázaro Hernández ubicado en el Apure de mediados del siglo XX, distingue la equivocada visión de la sociedad llanera configurada desde la racionalidad del componente dominante ganadero:

“el hato es una expresión que en el Alto Apure se tiene como un lugar donde se desarrolla toda una economía lugareña ... la fundación es una organización social con menos valor que el hato ... es una expansión... Quiere decir que al pensar edificar casas, potreros, corrales, se está seguro de que puede haber una actividad económica que justifique la operación ... el hato es donde siempre viven el dueño y el caporal y en donde se realiza mayor actividad ... el trabajo del hato está dividido en dos aspectos: uno el realizado por hombres aptos para la agricultura y el otro el de los diestros en todo lo pecuario ... el dueño del hato contratava hombres vecinos a la posesión ... el peón llanero era precisamente el que se ocupaba de las faenas del llano, la vida de este personaje era el ganado, conocía el terreno más que el propio dueño...” (Hernández 1980: p. 13-27).

En los llanos araucanos, casanareños, del Meta y el Vichada colombianos nos encontramos igualmente con la legitimación de los valores fundantes de la sociedad ganadera o criadora, invisibilizándose la sociedad llanera, cazadora; presentándose la paradoja de que quien hace, mantiene y reproduce la actividad del manejo del ganado

es un sujeto distinto al propietario, hatero o criador, quien participa solo del aprovechamiento para la capitalización de esta actividad.

“El llanero vive en los hatos en construcciones provisorias ... que frecuentemente abandona. La prestación de su mano de obra es intermitente, pues nada le ata a su patrón ... La época de la violencia (1947 en adelante) contribuyó a la apertura de nuevas vías de penetración hacia el oriente. Estas son las rutas que el llanero está usando para alejarse del inmigrante del interior (a los efectos de los llanos colombianos, el interior está asociado a los andes y adyacencias) del llamado reinoso o guate (del antiguo Reino de Granada) de quien desconfía, pues lleva consigo el alambre de púas ... el enemigo de éste y el llanero es el dueño de hato quien intenta someter a apropiación privada ... las sabanas donde pasta su ganado apoyado por una organización judicial y administrativa aparentemente concebida para erradicar el bandolerismo, pero que está respaldando ...la ley del criador...” (Cobos 1966:p.103).

De esta manera se verifica cómo se ha construido una concepción de la sociedad llanera por asociación a los intereses de sectores propietarios amparados en estructuras económicas y políticas hegemónicas.

CONFIGURACIÓN DE LA SOCIEDAD AUTOSUFICIENTE, DE CONVIVENCIA E INTENSIVA EN LOS LLANOS.

Sabemos que los grupos originarios en las llanuras hoy venezolanas y colombianas, desarrollaron principalmente labores de recolección y caza bajo un patrón de producción autosuficiente. Su errancia o nomadismo así lo hace suponer. Este modo de vida, esta organización socio económica fue impactada por la presencia de un hombre proveniente de una sociedad distinta, que ejerció toda su fuerza material e ideológica en pos de consolidar una hegemonía que se tradujo en el usufructo de las riquezas de la región. Desde ésta se gestó y se albergó una respuesta ante la arremetida contra su modo de vida, surgiendo la organización de una de una nueva sociedad a ratos víctima, a ratos contraria, a veces al margen de la organización excedentaria. Se vio nutrida de diversos componentes étnicos y sociales que durante la formación colonial

se vieron segmentados creándose las condiciones para la emergencia de la sociedad llanera.

Durante el primer siglo de la colonia, la sociedad llanera se organizó para sobrevivir, sin incorporarse totalmente a las fundaciones, dedicándose más bien al aprovechamiento del ganado libre. Esto permitió la cohesión de grupos de llaneros y llaneras dispersos en las sabanas y el aprovechamiento indiscutible de las fuentes naturales, aun no asimilados totalmente a la sociedad excedentaria.

A partir del siglo XVIII cuando se da la incorporación de la economía de los territorios americanos al circuito capitalista mundial, la sociedad elabora respuestas más contundentes a estas avanzadas del capital. La consolidación del hato como centro de la vida económica del llano, la reorganización poblacional e institucional iniciada estratégicamente en los llanos así lo exige. Tierras pero sobre todo los ganados pasan a ser la gran causa de las luchas de las contiendas por venir.

“ Bandos insurgentes (a fines de 1812), peones y otros grupos marginales continuaron sus acciones guerrilleras inspirados por un duradero odio a los propietarios blancos ... No beneficiaban a la economía, pero proporcionaban una fuente de recluta para las fuerzas republicanas ... y demostró a los criollos que la reestructuración del poder real no era garantía del orden social ; el odio de clase dominaba a los llaneros que le siguieron (a José Tomás Boves) en la contra revolución de 1814. Divididos entre sí, los criollos eran rechazados por las masas populares, despertaban las sospechas de las clases bajas y la oposición de los esclavos y los llaneros. Los negros estaban desorganizados y sin dirigentes. No así los llaneros...”(Lynch 1985:p.234-242).

En la Nueva Granada se registran conflictos de la misma naturaleza generándose la organización de los llaneros en su llano, con una relativa autonomía usada luego por los caudillos neogranadinos.

A lo largo de todo el siglo XIX esta actitud de resistencia es la asumida por la sociedad llanera ante los conflictos centro-federal y liberal-conservador, siempre manteniendo la negación de asimilarse a organizaciones socioeconómicas sedentarizantes, siempre bajo la cohesión de sus miembros y siempre haciendo de su entrono su mayor y mejor aliado.

En el siglo XX la sociedad llanera tiene que asumir la resistencia y resguardo de sus formas, prácticas y usos, en el marco de los intereses ganaderos que han cobrado legitimidad en la región y en las respectivas realidades nacionales. Los llaneros y llaneras se involucran en la actividad hatera, se asume el hombre llanero como peón temporal, continúa realizando el aprovechamiento al margen y en contra de la propiedad, reafirma solidaridades permanentes con sus iguales y transitorias con sus patronos, es decir se inserta en la actividad productiva del llano pero desde el seno mismo de la sociedad excedentaria se garantiza una sobrevivencia libertaria.

El discurso de la llaneridad o la construcción de una concepción clasista de lo llanero.

Por experiencia propia, no sabemos si en otras latitudes, pero en Venezuela algunas palabras terminadas en el sonido “ad” caen en sospecha, identidad, venezolanidad, estos términos recuerdan encasillamiento, estereotipos, miradas estáticas, despojadas de tiempo y espacio, despojadas de contradicciones históricas, despojadas de lo diverso. Así, el término llaneridad durante mucho tiempo ha querido asimilar a todos y a todas en una condición de ser llaneros y llaneras.

En todo caso el término hay que asumirlo con cierta prudencia pues no ha sido eficiente en aquello de acoger y expresar la complejidad de la sociedad llanera. La llaneridad en el llano viejo, el llano de antes, quedó asociada a los señores y señoras del llano, quienes detentaban la propiedad de las tierras, los hateros y hateras, los dueños (as) grandes expendios comerciales, aun cuando hayan devenido en la decadencia material. En el llano más poblado, en el llano reciente, urbanizado, la llaneridad sigue asociada a aquellos antiguos dueños de los hatos, que establecen una relación distante, ausentista, intermitente con la sabana, pero quedan además investidas de llaneridad sus descendencias ilustradas en las academias y universidades, éstas adoptan la representatividad y vocería de una nueva forma de llaneridad. Aquí, la condición de llaneridad está asociada a una relación social de propiedad dominante, al lugar asignado a una clase social y por una clase social propietaria.

En esta realidad, los hombres y mujeres desprovistos y desprovistas de propiedad sobre algo, quedan desdibujados y desdibujadas, al margen, son llaneros y llaneras pero no ostentan la representatividad de la cultura, se quedan a las orillas de los ríos, en distantes fundaciones, en disminuidos conucos, en los barrios recién fundados, en las paradas de las busetas, en las orillas de una manga de coleo, en los patios llaneros donde se reproduce el llano en chiquito, donde quizás se baila joropo, se canta, se come carne asada y se dice, *madre o pija cámara*. En esta realidad quedan los copleiros, las cocineras, las rezanderas, los sobadores, los cacheros, las artesanas de alpargatas, las bailadoras, los fabricantes arpas, los llaneros que van y vienen entre las sabanas y las ciudades del llano con el queso, los cachicamos, los galápagos, los devotos (tas) de la cruz de mayo, somos portadores de condición un tanto marginal, un tanto anónima nuestro propio llano. La anómala situación fue construida desde la historia y la

Sociología positivista venezolana, Carlos Siso, el extraño Bolívar Coronado, Guillermo Morón, o el muy respetado por algunos Virgilio Tosta para el caso de Barinas. Esta construcción sociológica de la llaneridad se apoyó en la literatura histórica, donde el pueblo llanero hecho insurgencia, hecho ejército y a ratos solo masa, fue utilizado como relleno de relatos heroicos que favorecieron el discurso histórico “incompleto” de unas clases políticas serviles de las oligarquías de la tierra en el siglo XIX y de las del dinero en el siglo XX, todo esto a costa del papel protagónico que se ganó a pulso el pueblo llanero en la primera independencia de la república venezolana.

Se trató entonces de la construcción de un estereotipo de las llaneras y los llaneros toscas (cos), violentas (os), salvajes, es decir no civilizadas (os), pintorescas (os), seres ridiculizados, barbarizados, brutales en la confrontación. Ese discurso fue recogido por una oficializada literatura sobre todo la gallegiana, que más allá de la calidad literaria, de las imágenes, del discurso estético del llano, fijó en el imaginario venezolano una caracterización de la llaneridad que desdibujó cualidades de incuestionable valor antropológico e histórico de este componente del mapa cultural venezolano, quedando asociada al atraso de casi “los primeros estadios de la especie humana”.

En las décadas últimas del siglo XX, en Venezuela nos dedicamos a re escribir desde el punto de vista histórico, antropológico, etnológico y político el lugar de *lo llanero* en la realidad venezolana y a intentar materializar ese discurso en una gestión pública que dignificara el valor de la cultura llanera, más allá de la fiesta, de la rudeza, del picadillo. Ciertamente somos una cultura alegre, festiva, perseguidora implacable de las proteínas, podemos esperar horas enteras por una ternera asada, no siempre por hambre sino por comunión con una tradición alimentaria; pero si de tradición se trata, la cultura llanera tiene también una tradición insurgente, levantisca no hay una insurgencia popular en la historia venezolana donde no estén los llaneros y las llaneras implicados (as). La obra Palabreus del payareño José Vicente Abreu lo recoge en sus textos, todas las conspiraciones nacidas en las serranías venezolanas, antes de llegar a Caracas tenían que pasar por el llano a recoger a sus hombres y mujeres, era y es impensable cualquier rebelión de carácter popular sin que los llaneros y llaneras estuvieran y estemos comprometidas (os).

De manera de que ese concepto de la llaneridad siempre ha lucido sesgado, inconcluso, mentiroso, opacante de una sociedad llanera al margen de los intereses de los grandes propietarios y aquí es donde acudimos al concepto de *lo llanero*, como más apropiado para identificar la presencia de componentes culturales en las prácticas pasadas y presentes de los hombres y mujeres del llano de propietarios o de a pié, del llano sabanero, pueblero o urbano. Desde allí podemos identificar la diversidad social que entra en esta complejidad llamada el llano.

Apuntes sobre la Etnicidad llanera.

Se ha dicho que la cultura llanera es de reciente formación, se ha llegado a la osadía de afirmar que la cultura llanera está asociada al surgimiento de los hatos y fundaciones en el llano. Esta es una afirmación nacida de una ideología de carácter burgués, asociada a la implantación de formas capitalistas de distribución de la tierra, con esta visión no solo se le asigna una especie de paternidad a una realidad cultural, sino que se mutila la continuidad histórica de las etnias, los pueblos y las culturas que han vivido y transitado por los llanos venezolanos y colombianos. Esto es parte de la estrategia histórica de la desmemoria y de la invisibilización de los pueblos originarios de nuestramérica.

Esta estrategia de despojo etnológico no ha sucedido solo con la cultura llanera, sino con todo el pueblo venezolano, llamado criollo, campesino, popular a los que se le ha mutilado su procedencia profunda en el tiempo y el espacio. Decir campesino (na) es diferenciarlo de cualquier grupo originario. Pareciera que no tienen pasado largo, que nacieron allí sin ancestros, este discurso persigue disminuir a los pueblos originarios actuales por abultamiento de “poblaciones” sin pasado, sin herencias, por una población que no se auto reconoce como descendiente de pueblos originarios, de dónde se supone que vendrían, de troncos latinos puros? . Basta que un venezolano del llano, de la costa oriental u occidental tenga un pedazo de tierra en una zona rural o en un barrio periférico de una ciudad, para despojarlo de su procedencia histórica originaria. Hay que entender bien la estrategia: un campesino o un vecino de un barrio caraqueño es un sujeto jurídico y cultural más débil que un originario wayú, añú, pumé, kariña.

Hemos dicho que los llaneros fueron los primeros indios a caballo, esta tesis ha llevado reivindicar el lugar de las etnias fundantes de la cultura llanera. En el caso de los llanos altos y bajos occidentales de Venezuela, hay evidencias de ocupación originaria que dejaron importantes aportes de ingeniería hidráulica para el manejo de las aguas y que las comunidades hoy día siguen replicando, el modo de vida itinerante, las prácticas cazadoras de ganado con las técnicas de la media luna y las pescadoras del barbasco, el modo de vida de la inundación, el canto agudo y melancólico de una hiwi viaja en el tañido de un carrao de Palmarito o en un madrugador canto de ordeño, la convicción de que todo lo que se mueve en el llano se puede comer, sin que medie una lógica de la devastación o la acumulación, sino de subsistencia humana; todo esto es una portentosa herencia originaria.

Para quienes se erigieron como los señores y señoras de las cercas, del llano privatizado, era necesario acabar con este substratum indígena y se encargaron de criminalizar a las etnias originarias que se replegaron hacia nuestras llamadas fronteras. Profundizaron diferencias entre indígenas y llaneros (as), promovieron verdaderas cruzadas contra los pueblos originarios, por esto lastimosamente el llano figura en la literatura antropológica como espacio donde se han llevado a cabo prácticas genocidas como las guajibiadas.

Todo el siglo XX venezolano pasó para los llaneros y las llaneras sintiéndose diferentes, ajenos y opuestos a los pueblos indígenas, no querer vecindades en las sabanas, preocuparse al verlos llegar a un centro poblado, conocer de una rancharía, unirse a un llamado indio o india era y es socialmente mal visto, un llamado “paso atrás”, temer a un hechizo, todo esto son las valoraciones negativas de las heredades originarias que hay que seguir superando en los largos y complejos procesos de etnicidad.

Las mujeres llaneras, textos a varias manos.

A manera de introducción es necesario advertir que lo que me dispongo a compartir está pensado, construido, dicho y hecho desde el lugar cultural de un grupo de mujeres de los llanos. Decir entonces que es desde un lugar cultural es reconocer que se trata de una construcción colectiva, de un acuerdo de muchas y muchos, cobrando de

esta manera un grado de legitimidad. Lo digo por aquello de que una reflexión de este tamaño, una reflexión sobre algo tan retador como lo son las mujeres en un contexto cultural, no puede hacerse desde el capricho de alguien o desde un lugar unilateral porque cualquier mujer que tropiece con este conversatorio debería poder verse en alguna expresión de lo que sigue.

Las mujeres llaneras en dos discursos “validados desde afuera”

Los discursos cristiano y civilizador han forjado modelos que les sirven, que les permiten reforzar los proyectos a los cuales responden. Alrededor de la mujer llanera se han creado modelos de lo femenino que podemos resumir temerariamente en lo que sigue.

Desde la tradición cristiana que penetró de la mano del hato se construyó el modelo de la **Mujer-Mando, representada en la matrona**. Simboliza el mando y la autoridad, primero sobre el territorio doméstico: la despensa, la cocina, el patio, la casa; luego en ausencia del hombre, el mando y la autoridad puede ir más allá, sobre el patrimonio, dígase, tierras, ganado, y demás bienes. Lo femenino se relaciona con lo masculino en términos de complementariedad solo en ausencia del hombre y quizás cuando han mermado algunas capacidades físicas o mentales. La matrona surge de una relación formalizada ante la ley, y aun cuando deviene de la moral cristiana puede estar o no reconocida por la iglesia pero se somete al discurso cristiano. La matrona es portadora de una moralidad cristiana donde la fidelidad, la sumisión al hombre y la maternidad son sus máximos valores de realización.

La matrona es portadora del Yo conquistado en lo erótico, en la vida individual y colectiva toda. Simboliza el lugar y el valor de lo femenino medido en la capacidad para la reproducción biológica que puede ser reforzada recogiendo niños o niñas es decir los criados (as), amadrinando es decir teniendo ahijados (as); todos (as) suman fuerza de trabajo, en lo doméstico, en la faena, o en el acompañamiento en la viudez o en la vejez.

Las matronas generalmente mantienen relaciones de pareja estables, prolongadas y mayormente monogámicas. Hacia dentro del grupo familiar viven y son portadoras de la sumisión pero hacia fuera funcionan como reproductoras de conductas asociadas al

machismo. Están asociadas a la propiedad de los medios de producción y reproducción de la sociedad ganadera de los llanos.

En el imaginario cantado las matronas son las doñas de cada hato y fundación importantes, siempre están, siempre allí, siempre asociadas con un hombre mueren y se siembran por él y con él.

Otro modelo creado alrededor de la mujer llanera es la **Mujer-Cruel** representada en Doña Bárbara, en lugar de la matrona se trata de la patrona, queda así vaciada de rasgos femeninos e identificada con lo masculino. La Doña Bárbara es mando, autoridad, rudeza, crueldad, deshonestidad, la infidelidad, el desapego o total ausencia de valores maternos. Lo femenino se relaciona con lo masculino en términos de antagónicos. Sobre su territorio sea en la sabana, en el pueblo o en la ciudad hay un total dominio, no es cedido aun cuando haya presencia de la figura masculina. Las doñas Bárbaras surgen de saltarse la ley, de su capacidad para pagarse o cobrarse lealtades y en esto entran propios como parejas, hijos, familiares; pero también extraños.

Las Doñas Bárbara son portadoras del Yo Conquistado, que resume no solo el erotismo dominante masculino de la conquista sino el sentido íntegro de la dominación. Tienen una valoración pragmática de la pareja, utilitaria, negociada, acordada, no necesariamente mala o inestable pero difícilmente para toda la vida. Hacia dentro al igual que hacia afuera del grupo familiar, funcionan en una relación permanente de poder y dominio sobre sus miembros. En el imaginario cantado son las que abandonan, se van, se pierden, no vuelven, no avisaron, recogen hasta la manga de collar café y antes de irse meten candela a la ropa, etc..

Carmen de las Mercedes ... rompiendo el molde

Como en toda construcción de modelos hay rasgos, aspectos, prácticas y realidades que quedan por fuera, que se configuran por otras vías. Los modelos son tremendamente imperfectos. Acudimos a realizar historias de vida en el llano venezolano y nos encontramos con que hay llaneras, cuyo discurso y práctica de vida no se corresponde con la sumisión total, la crueldad extrema, la reproducción femenina del machismo. La historia de vida de Carmen de las Mercedes es reveladora de una feminidad como caso límite.

Carmen tiene una historia personal que rompe los moldes cristianos sin dejar de ser amorosa, criadora de hijos y de hijas, generosa y hasta le gusta casarse. Rompe con los moldes civilizadores sin dejar de ser creativa, práctica, aprende, incorpora, ni hablar de su distancia con la sumisión sin dejar de ser amable, solidaria compañera, es autónoma pero sabe negociar la convivencia mientras no la agobie y no cultiva la soledad. Recuerda sin extrañar las atenciones al rígido padre. Cuenta las parrandas de días enteros sin remordimiento. Recuerda las infidelidades sin drama. Relata maltratos sin martirios. Enseña rupturas que la liberaron a tiempo de confinamientos y situaciones de maltrato. Mantiene la esperanza sin alienación. Asume la retirada sin fatalidades. Es llanera de otro molde.

Presencia y lugar de *lo llanero* en la Venezuela del siglo XXI

En los meses posteriores al 4 de febrero de 1992, un diario venezolano publicó un amplio reportaje a una llanera llamada Anita, descendiente de Pedro Pérez Delgado “Maisanta”, legendario guerrillero de principios de siglo XX, referido anteriormente. A partir de allí, el país conoció la procedencia de uno de los protagonistas del intento de golpe de Estado de ese año, el Teniente Coronel Hugo Chávez. Refirió la descendiente de Maisanta, los vínculos de sangre del hasta entonces desconocido militar, líder del Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 (MBR200), con líderes de aquellas guerrillas, quienes desde el llano enfrentaron a dictador Juan Vicente Gómez. Quedó clara la conexión afectiva y cultural de Chávez con el llano, sus episodios, sus hombres y sus mujeres. Pero además la entrevista revelaba la fuerza cultural de la informante, una mujer llena de arrojo, sin cálculos, sin miedos, sin titubeos, cerrando la entrevista con una firmeza que ni un politólogo (a) comprometido (a) en alguna causa lo pudo haber hecho mejor. Refirió al final de la entrevista, la protección blindada de los insurrectos contra cualquier adversidad, gracias a un escapulario que ella misma le guindó en el cuello antes de la insurrección al bisnieto de Maisanta.

Luego de ganar las elecciones presidenciales de 1998, Hugo Chávez se convirtió en uno de los presidentes más atacados por su procedencia cultural, el calificativo más usado fue el de “primitivo” en oposición a moderno, civilizado. Primitivo por convocar a sus seguidores a una batalla cultural, por volver la mirada a los escenarios olvidados por la historia oficial y llamar a los escenarios de Santa Inés. Primitivo por hacer que

sus seguidores (as) asumieran a los copleros como paradigmas de la libertad. Primitivo por lograr la asociación en el imaginario colectivo de la patria como un escenario de contrapunteo eterno entre el bien y el mal. Por haber convertido en himno cultural a un Seis por derecho y Chipola más allá del llano, donde siempre vencería Florentino, quien es un héroe cultural y personifica al pueblo llanero.

Lo que la escuela no logró en el sentido de la valoración de nuestras tradiciones fundantes, Chávez lo hizo. Entendió que la tradición cultural puede generar sentimientos de vergüenza étnica que hace que la (el) venezolana (o) cante en voz bajita el pasaje, la ranchera o el vallenato, que obliga a que nos alisemos el cabello, a que hablemos de una manera en la casa y de otra en público, que neguemos nuestro lugar de origen o nos perfilemos la nariz. Pero también entendió que la tradición cultural genera el sentimiento del orgullo cultural que nos hace exhibir alegremente un baile o una danza, declamar a cielo abierto una poesía o alzarnos en una batalla sin ver para los lados.

A ese orgullo cultural acude Chávez, quien además de ser líder es estratega, militar y llanero. Apeló a la fuerza movilizadora de la cultura, diseñó una estrategia electoral a partir del lema *Yo Soy Florentino*. Ese *Yo* es Chávez pero también es cada seguidor (a), traslada así un pedacito del héroe a cada uno (a) de ellos (as) logrando a la vez una conexión afectiva que se mantiene y se ha revitalizado.

La conexión afectiva se explica como decíamos por ser Florentino un héroe cultural llanero, que es multiétnico y pluricultural. Los héroes culturales son seguidos, admirados, defendidos. Chávez re-ubica y relanza *lo llanero* en la historia política venezolana, sin ridiculizarlo, sin plantearse civilizarlo, sino otorgándole el lugar digno como se refleja en obras como la de Arvelo Torrealba, Enrique Mujica, Luis Alberto Crespo, Humberto Febres, Nelson Montiel, Michel New o J. Petrizzielli.

La jornada electoral del lema *Yo Soy Florentino*, culminó el 15 de agosto de 2004, el pueblo relegitimó al llanero Chávez en la Presidencia de Venezuela, un país en vilo, unas (os) seguidoras (es) sin dormir más de 24 horas frente a la televisión, a lado de un viejo radio, bajo el balcón del pueblo, junto a copleros de gargantas exhaustas todas (os) protagonistas, y un Chávez intacto, revitalizado, un Florentino, un héroe cultural. Así ha viajado lo llanero, así está entre nosotras (os), desde estos espacios de la Venezuela del siglo XXI.

El llano en el pensamiento de Humberto Febres Rodríguez

Cualquier acercamiento a Humberto Febres Rodríguez siempre resultó y sigue resultando una tarea retadora. En las calles de Barinas, en los cafés caraqueños, en los auditorios, siempre resultaban intimidantes por aquella complejidad devenida de ser un pensador, un militante político, un romántico, un matemático quien nunca iniciaba de manera egocéntrica alguna conversación a menos que un libro osara atravesarse en su camino. El ejercicio de difícil concreción siempre tuvo que ver con esa erudición nunca reñida con el compromiso con Latinoamérica, el país, Barinas y el llano.

Las últimas décadas de su vida estuvieron en buena parte dedicadas a la relectura y diría yo, a la reivindicación de la obra de Alberto Arvelo Torrealba. El poema de Florentino y El Diablo ocupó y apasionó ese ejercicio de Febres Rodríguez no menos que la reflexión permanente sobre la cultura llanera como una expresión de resistencia. Se paseó por la revisión crítica del ser nacional activando para esto una metódica de saberes donde no dejó cabos sueltos.

Humberto Febres puso en práctica una economía de la escritura porque era un rumiante intelectual. Pasaba años dándole vueltas a una idea filosófica, a una hipótesis sobre el universo, a una ecuación matemática, a una obra poética. Hay un pequeño número de trabajos escritos y publicados sobre el llano que me permito pasar a comentar.

En el año 1986 Febres Produjo un ensayo titulado *Síntesis Interpretativa de la Historia de Barinas*, donde elaboró una periodización de la historia de Barinas que le llevó al estudio del espacio, del paisaje, de su geografía, permitiéndole identificar cómo se combinaron estos elementos con el modo de vida llanero. De este trabajo pasó al estudio más amplio de la cultura llanera a partir de una reinterpretación de la ciencia ecológica que lo lleva al feliz encuentro con la obra de Arvelo Torrealba. En un artículo publicado ese mismo año en la revista cultural Parángula, editada por la ÚNELLEZ, titulado *Un hombre y un libro*, el autor pone en evidencia el impacto que le produjo la relectura de los escritos de Arvelo, por aquello de la praxis que caracterizó a la vida del poeta autor de *Caminos que andan*, lo que llevó a Febres a la conclusión de que “Alberto Arvelo Torrealba no fue un poeta llanero sino un llanero poeta, no fue un nativista sino un nativo”.

En el año 1992 Febres produce un escrito titulado *El llano y la cultura llanera*, donde revisa e interroga la obra de Edgar Morin hasta llegar al trabajo más extenso titulado *El Llano (1993)*, que circuló también con el título de *Biografía del Llano*, pues se trataba de ir tras el llano como personaje y no como escenario. Es éste un trabajo síntesis de donde resultó una geo-eco- historia del llano. Aquí acudió a la arqueología para datar la huella de los hombres y las mujeres en estos territorios, aproximadamente en el año 1000 a.c.. de allí en adelante identifica Febres una cadena de marcas humanizantes minuciosamente trabajadas por el investigador apoyado en Ruiz-Guevara, Armand y Zucci.

La presencia europea en los llanos es reconstruida pista tras pista logrando Febres identificar cambios trascendentes como por ejemplo la disminución de la población originaria y la introducción del ganado. Se trata de la identificación de los nuevos equilibrios nacidos de los desequilibrios introducidos por la conquista y la colonización de estos vastos territorios.

La saga de Febres lo llevó a seguirle la pista al ganado, a los aventureros, botines y peligros; a nuevos sincretismos que dieron paso a la cultura llanera, que según él se perfiló entre los siglos XVI y XVII pero que adquiriría verdadera fisonomía en el siglo XVIII. Lo plantea de la siguiente manera:

“Desde entonces sumó a la plenitud, el clima y la influencia decisiva y poderosa del Orinoco, la presencia del ganado y el uso sistemático de la candela, como elementos homogenizadores de la vegetación herbácea, del predominio de la sabana sobre el bosque; pero además ... hicieron sus aparición las viviendas de bahareque y palma ... y crecieron los pueblos polvorientos y pajizos y los caballos enjaezados con magros aparejos y paloapiques y sogas y rejos y una música de cuerdas y capachos y cantos que nacen con un grito alargado y penetrantes historias y leyendas, una cultura”. Febres 1993.

De allí pasó a la reflexión permanente sobre la cultura llanera por eso en su trabajo titulado *En Negra orilla del mundo* que le hizo merecedor del Premio nacional de Literatura Orlando Araujo, nos dice, a propósito del poema de Florentino y El Diablo:

“la obra está cargada de símbolos y sugerencias ... cada hecho, cada sitio portará un significado o tendrá la capacidad de aceptar los que puedan asignársele ... solo dos personajes tendrán cabida en el drama Florentino y El Diablo ... el diablo es el maligno, el Otro, el que Amenaza, el Extraño, el Intruso, el Enemigo, personaje familiar. .. Florentino en cambio es el llanero, el coplero invencible, de resto solo sabemos que es catire ... pero es precisamente la falta de identificación individual la que nos permitirá identificarlo con todos los llaneros, él los representa, es su portaestandarte, su símbolo, un ser paradigmático”.

FUENTES

Caropresse Quintero Luis, 1988:

Arauca Fuerza y futuro del País. Editorial Retina, Bogotá Colombia.

Fajardo Darío 1986:

Haciendas, campesinos y políticas agrarias en Colombia. 1920-1980. Ediciones de la Universidad nacional de Colombia. Bogotá.

Hernández Lázaro 1980:

Tiempos idos en el Alto Apure. Editorial Provincia, Cumaná, Venezuela.

Izard, Miguel 1982:

Oligarcas temblad viva la libertad. Boletín Americanista, Año XXIV, N° 32, Ediciones de la Universidad Nacional de Barcelona, Barcelona, España.

Izard, Miguel 1983:

Sin domicilio fijo, senda segura, ni destino conocido. los llaneros de Apure a finales del período colonial. Boletín Americanista, Año XXV, N° 33, Ediciones de la Universidad Nacional de Barcelona, Barcelona, España.

Izard, Miguel 1984:

Si se dan una corta parada, les daremos alcance. Boletín Americanista, Año XXVII, N° 35, Ediciones de la Universidad Nacional de Barcelona, Barcelona, España.

Izard, Miguel 1986:

Tierra Firme. Historia de Venezuela y Colombia. Editorial Alianza, Madrid, España.

Izard, Miguel 1988:

Orejanos, cimarrones y arrojados. Ediciones Sendai, Barcelona, España.

Lynch John 1985:

Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826. Editorial Ariel S.A., Barcelona España.

Molano , Alfredo 1989:

Siguiendo el corte. Relatos de guerras y tierras. El Áncora Editores, Bogotá Colombia.

Tamayo Francisco 1987:

Los llanos de Venezuela, Monte Ávila Editores, Caracas, Venezuela.